



**Mariano Bàino: *La Patagonia hiperliteraria de un italiano en exilio virtual.*
In (nessuna) Patagonia, Napoli, ad est dell'equatore, 2014**

«Sí. Viajar ya no es preciso. Navegar ya no es preciso. En el viaje y en la literatura de viaje ya no hay nada por espigar, ni siquiera la espigadura del *menor*. La carne es triste, ¡ay! y hemos leído todos los libros de viaje».

Son palabras de *In (nessuna) Patagonia*, libro que registra el peculiar y feliz arribo de la poligráfica experiencia literaria de Mariano Bàino al género de la literatura de viaje y a las regiones australes del continente americano. Erigidas a través de una abundante literatura a íconos de una extremidad –tanto geográfica como cultural– irreducibles, la alteridad de aquellas tierras situadas en el fin del mundo se ha diluido hoy en día hasta desmoronarse tras los embates del turismo *low cost* y la masificación del viaje en la era de la globalización. Pero Bàino quiere reaccionar ante la depresión antropológica de esta época nuestra «huérfana y exiliada», «además que ridícula», y a las seducciones de la «aburrición» «postmoderna» o «surmoderna». Cansado de escuchar enfáticos pronósticos sobre «el fin de todo, y de cualquier estupor», se va a la «vieja Patagonia», aún corriendo el riesgo de caer en el lugar común y en el «viaje estandarizado», que desde hace tiempo gravita en torno a aquellas tierras. Lo importante, desde luego, es huir de «aquel sucio contexto de vida que es Italia».

El viajero de *In (nessuna) Patagonia* se presenta de hecho como un refinado y melancólico espíritu en peregrinación, uno de los últimos sobrevivientes de la *civilización de las letras* en extinción, empujado a la deriva por su «marxismo hormonal, sin explicaciones ideológicas», huyendo de un país en descomposición para fabricarse en el vagabundaje por el *finis terrae* la perspectiva de un exilio, aunque un «exilio momentáneamente virtual», por lo tanto no muy «honorable». La consigna de Bàino, pues, es «desitalianizarse», «salir de la mermelada del desumanismo», «vivir fuera de la podredumbre italiana». La meta escogida es el extremo sur austral que ya el famoso libro de Chatwin había celebrado como receptáculo de las historias de exilio de los emigrados europeos. Bàino alcanza las tierras del fin del mundo para desarrollar una reflexión lúcida y desconsolada –pero siempre mitigada por el bálsamo de la

risa- sobre el fin (o por lo menos la agonía, o la grave enfermedad) de su país, y también sobre el fin de los viajes y de la literatura que tradicionalmente los ha contado.

El autor asume el desafío de contar su viaje paradójico hacia (ninguna) Patagonia mediante varios estratagemas. En primer lugar, como ya se ha dicho, moviendo la voz y el foco de la narración entre dos orillas espaciales y culturales, la de la «compañía itálica o italiota» que intenta dejarse a las espaldas y la de los solitarios espacios patagónicos, erigidos a escenarios de su peregrinaje de turista posmoderno (ya en la curva descendiente del «arco de la vida», nos informa, y por eso ya no tan propenso a las fatigas de los viajes extremos). En segundo lugar, aprovechando al máximo el carácter híbrido del género de la literatura de viaje, Bàino conyuga con elegante soltura varias formas y registros de escritura: el ensayo académico se alterna con la divagación filosófica, el apunte de viaje desliza hacia la diatriba política en los 18 capítulos que –segmentados en fragmentos a veces muy breves– componen la calibrada estructura del libro. Todo encuentra su punto de equilibrio en la constante tensión metanarrativa que sostiene la búsqueda de Bàino, más allá del *hic et nunc* del recorrido de viaje, hacia las fuentes cognoscitivas y textuales constituidas por el rico cauce de la narrativa sobre la Patagonia. En un estimulante diálogo intertextual, la prosa echa a recorrer las huellas de los viajeros, geógrafos, cartógrafos y escritores que lo han precedido, afirmándose en la medida de la escritura ensayística: con un deliberado estilo académico que, tal vez conviene señalar, procede de una específica experiencia de investigación, dedicada obviamente al lugar patagónico (un «hiperlugar literario», lo define justamente el autor), y desarrollada en una tesis de doctorado, en la cual, desde luego, ya se anunciaba el proyecto de publicar «una libreta de viaje capaz de mostrar en filigrana lo elaborado en el trienio del curso» (*In Patagonia: viaggi, movimenti, scritture. Alcuni percorsi*, Università degli studi di Salerno, 2011, p. 200).

Se trata en realidad de un expediente narrativo al que han recurrido muchos de los narradores que han escrito tras *el fin de los viajes*, perspectiva desde la cual explícitamente se sitúa Bàino. «Se trata de un enfoque análogo a la teoría de Hans Blumenberg sobre el fin del mito: en la época de la consumación de todas las historias la manera mejor para despertar la tradición es contar la historia de su fin. [...] El escritor deshoja el espacio como las páginas de un libro, a caza de las referencias históricas, literarias y artísticas que encuentra en sus pliegues. Este esfuerzo enciclopédico implica una especie de coleccionismo anticuario», anota Luigi Marfé (en *Oltre la "fine dei viaggi". I resoconti dell'altrove nella letteratura contemporanea*, Firenze, Leo S. Olschki, 2009, pp. 26, 34).

Sobre la cuestión podemos escuchar en efecto la voz del propio Bàino en una página de su recordada tesis de doctorado: «el escritor de viaje sabe que la realidad del presente le plantea el problema de evitar la trampa del *déjà vu*, y eso puede ser evitado solo a través de la lucidez de su propio pensamiento, transformando el viaje en una reflexión sobre el viaje y las estrategias más idóneas a describirlo, lo que lo lleva a recorrer las libretas de los predecesores» (*In Patagonia...*, p. 26). Es lo que hace también *Orizzonte mobile* de Daniele Del Giudice (Einaudi, 2009), para recordar otra reciente incursión de la narrativa italiana en los espacios patagónicos, libro en el que –con un ambiguo juego entre ficción y no-ficción– intercala la narración de sus dos viajes en las tierras australes con la evocación, saturada de referencias textuales, de más antiguas expediciones, la del belga Gerlache de Gomery y la del italiano Giacomo Bove.

El viajero de *In (nessuna) Patagonia* desarrolla cabalmente esta posibilidad, solicitando continuamente de los lugares atravesados el depósito de memorias de las figuras que han entrelazado sus vidas y sus destinos con las tierras del fin del mundo: del véneto Pigafetta, que participó en la temeraria expedición de Magallanes imponiéndose como el cronista de la primera circunnavegación del globo, al piemontés De Agostini, que encarnizó los «sueños geográficos» de Don Bosco sobre la Patagonia, del explorador romano Clemente Onelli, autor en 1904 de *Trepano los Andes*, al también piemontés Giacomo Bove, «hombre de mar, cartógrafo, inspirador de Salgari», quien registró las costas desde Punta Arenas hasta Santa Cruz y la Isla de los Estados.

Desfilan luego, ocupando de hecho toda la parte central del libro, figuras e historias de una más inédita Patagonia al femenino, en páginas que constituyen una interesante divagación de un repertorio experiencial e imaginativo dominado normalmente por el signo de la épica viril: se destaca así la silueta de la *lady* inglesa Florence Dixie, autora de *Across Patagonia*, que asumió estas desoladas tierras como un «enorme galgómédico» para su «espíritu *venatorio* inflexible»; se deshojan páginas íntimas de la vida de Ella Hoffmann, en correspondencia epistolar con la madre, vívidos documentos del difícil proceso de adaptación a un tierra desde siempre considerada poco propicia para el sexo femenino; se evocan el perfil y las peripecias criminales de la legendaria Helena Greenhill, la *inglesa bandolera*, y el «galope peronista» de Charlotte Fairchild por la pampa yendo hacia Evita a punto de morir.

Evidentemente Bàino pertenece a aquella raza de «viajeros literarios» que, como de sí mismos habían dicho Bruce Chatwin y Paul Theroux en el texto que resumía sus experiencias en el sur austral, pueden entusiasmarse por «una asociación o una referencia literaria», así como «por una planta o un animal raro» (*Patagonia Revisited*, London, Cape, 1985, p. 17). No podían faltar, por supuesto, en el viaje hiperliterario y citacionista de Bàino, referencias a estrellas

de la constelación literaria patagónica como *To the End. Journey in Patagonia*, de *The Old Patagonian Express* y el ya recordado *Patagonia Revisited* de Chatwin y Theroux, o al *Guanaco blanco* de Francisco Coloane y al *Mundo del fin del mundo* de Luis Sepúlveda. Pero en el recorrido geográfico-literario del autor se atraviesan también grandes clásicos de la literatura latinoamericana, muchos de los cuales sonarán nuevos al oído del lector italiano no especialista del ámbito.

Regresando del extremo sur austral a la pampa argentina, por ejemplo, el viajero abandona la libreta de viaje para ir a sondear los fantasmas de un imaginario literario, el argentino, obsesivamente concentrado en el espacio de su *desierto* interior, la pampa, paisaje que se ha vuelto pronto, en el siglo XIX, el emblema de su retraso nacional, de su temible barbarie: así pues, saltando ágilmente de Sarmiento a Echeverría y Hernández, de Aira a Borges, el narrador repasa e interroga, sin caer nunca en la pesada erudición, las evoluciones de gauchos, indios y cautivas originadas por esta larga y tan peculiar tradición nacional. O pone en el apéndice que cierra el libro, un autónomo capítulo desligado del recorrido de viaje, una mirada sobre el imaginario de la desmesura que del «delirante Pigafetta» en adelante ha involucrado las tierras de la Patagonia poblándolas de gigantes y creaturas a los límites con lo monstruoso.

El viaje se vuelve así viaje a través de una secular literatura en movimiento, el texto se adensa en un denso palimpsesto, que deja ver con efecto prismático las huellas de quienes lo precedieron en los siglos. La prosa de Bàino, desde luego, como una especie de planta carnívora voraz, tiende a fagocitar todos los materiales textuales que caen en sus manos o que su vasta cultura hace aflorar a su mente: las insípidas informaciones del diario patagónico *Black Sheep* y las leyendas en carácter *liberty* de un documental sobre las misiones salesianas, por ejemplo, pero también, más allá del ámbito patagónico, el Mallarmé de *Brise marine*, el Lévy Strauss de *Tristes tropiques* y el Montesquieu delle *Lettere persanes*, Leopardi sobre el «amor de patria», Franco Cassano y Ermanno Rea sobre el *caso* italiano... y aún, en orden abierto, Bruno Arpaia, Mempo Giardinelli, Dostoievski, los trozos de una conversación de *Il deserto rosso* de Antonioni a florada en el trasfondo de la *Ruta 43*, o el texto de un fox-trot hallado entre los cachivaches del mercado de San Telmo de Buenos Aires. Viajero eminentemente solitario, que se abandona raramente a las conversaciones con las que Chatwin daba vida a sus emblemáticos personajes, Bàino viene acompañado en su exilio sobre todo por el simposio de sus doctas amistades literarias.

Pero el autor tampoco deja de ver con sus propios ojos, más bien por el contrario lanzando una muy intensa, penetrante mirada sobre todo. Aunque en la sucesión implacablemente fragmentaria de la escritura, no deja tampoco de ilustrarnos las tapas esenciales del recorrido, ofreciendo aquí y allá los detalles

también materiales del viaje. Lo vemos charlar en el avión con una locuaz niña patagónica, apuntar lacónico la lista de los buques hundidos en el Cabo de Hornos, fotografiar a una paloma antártica del Museo Marítimo di Ushuaia, dar saltos sobre la pedrada de la Ruta 40 –la «carretera mítica de la Argentina»–, anhelar decepcionado en el hielo el almuerzo olvidado en hotel, relajarse en el confort del moderno autobús que lo lleva a Trelew. Y hay luego los paisajes, elemento central en las escrituras relacionadas con aquellas geografías, ya convertidos en lugar común por la «industria del turismo de masa» que los publiciza como ocasión para la «experiencia de la soledad y del encuentro con la naturaleza», reflexionaba el autor en una página de su tesis (*In Patagonia...*, p. 200). La prosa de Bàino da lo mejor de sí misma al contacto con aquella naturaleza. Contradiendo los pronósticos sobre el «fin del estupor» en la era del «fin de todo», el viajero se descubre maravillado frente a la belleza álgida de las montañas de hielo, reflexiona sobre la «energía del océano» que en «una tarda cita restituye a la nada, emparentándolos, los seres más diversos», o describe con premura la torpe gracia del pingüino.

Pero por detrás de las heladas extensiones del extremo sur americano el viajero no deja nunca de percibir las llamas infernales de su dantesca Italia. Es que «el exiliado voluntario [...] sigue teniendo la patria en el corazón». Y a ella, en el tono de la ácida ironía, de la befa, de la invectiva venenosa, quedan ancladas, como se decía, muchas de las páginas de este atípico *reportage*. Continuamente, obsesivamente, interrumpiendo el orden del viaje y el flujo de la narración, el autor vuelve al espectáculo indecoroso de un país de pequeños embusteros, indiferentemente entregados a un «poder político descarado y obsceno», cuyo lema es «cambiar, con la chaqueta, todas las cosas para su beneficio personal», una Italia que la prosa virtuosa de Bàino se divierte a escarnecer ya en el nombre, distorsionándolo, descomponiéndolo, privándolo puntualmente del privilegio de la mayúscula: «italia», «itaglia», «ytaly»...

Esta Italia se merece en efecto, dentro del complejo aparato expresivo del libro, un peculiar registro lingüístico, que se diferencia por ejemplo del ritmo ágil que vehicula el cuento del recorrido patagónico (el clásico estilo de la libreta de viaje, con sus apuntes rápidos y concisos, con oraciones a veces brevísimas y elípticas del verbo), y del más sosegado, redondo, sinuoso andamio que sostiene las páginas de vocación ensayística, adheridas a las convenciones de la comunicación informativa y del estilo argumental. Cuando el autor se erige con estro dantesco y furia savonaroliana en censor de las vergüenzas nacionales, la prosa también, como fermentada por aquella acrimonia corrosiva, se desenfrena en un complacido, virtuoso juego lingüístico, que roza en algún momento las contorsiones sintácticas y lógicas del monólogo interior, mezclando en un batiburrillo lingüístico que puede recordar tal vez a Gadda términos cultos y

desusados con otros bajos y con atrevidos neologismos. Para fustigar la patria, Bàino se pone a maltratar, contorcer, corroer, también a la lengua italiana.

Luego, pasada la tormenta humoral, la mirada, y el verbo, vuelven a descansar sobre la impasibilidad de los hielos patagónicos. En este vaivén de los imaginarios y del habla, el lector no se aburre. Con su docta indigestión de «casos patagónicos» y el sarcástico escarnio de «Italia», calcando con cupo humorismo el tópico del exilio imposible en una tierra legendariamente suspendida entre la imaginación y la realidad, impregnada de historias y de sustancia literaria, el viajero ha ganado el desafío narrativo. Ojalá una buena traducción del libro, que sepa competir con el complejo, inventivo italiano del poeta y escritor napolitano, pueda pronto ofrecer a los lectores hispánicos esta inédita Patagonia de Mariano Bàino.

Giulia Nuzzo
(Università degli Studi di Salerno)